

## ESTATUAS Y ESCULTURAS

Italia, 1960

Roma, o la romanidad, no tuvo, como se sabe, escultura, sin estatuas. Las estatuas pueden colocarse “da per tuto”, en las calles, en las plazas, en los jardines, en tal arranque de escalera, ya que las estatuas son... “cosa pública”, “cosa civil”, y las esculturas no; pero no porque éstas sean “propiedad privada”, sino porque no son “cosa” y esa vida que son no es, en realidad, de nadie, no viene a ser de nadie. Roma no tuvo escultura, pintura, poesía completas, porque bajo su terrible obsesión de “civilidad” todo se le transformaba con rapidez en algo “para muchos” -la escultura, en estatua; la pintura, en mosaico; la poesía, en oratoria-, es decir, en algo que puede tener o llevar en sí cierta belleza, esa belleza un tanto... “grosso modo”, esa belleza “poco más o menos” que suele habitar en “lo general”. Pero diciendo -como es costumbre decir- que Roma no tuvo escultura porque copiaba la de Grecia se nos da noticia, pero no explicación, de los hechos; Roma “no podía” darnos un arte grande, un arte creación, un arte completo, no propiamente por incapacidad o carencia de alma, sino por “ofuscación” de alma. (El alma se ofusca, se oscurece, siempre que el hombre supone haber encontrado una verdad incontestable.) Y una vez ofuscada, eclipsada, tapada el alma viva con el espesor de una soberbia ingeniería, constructora, ordenadora, dominadora, es decir, una ver trocada el alma por el genio -el alma creadora por el genio activo-, era lógico caer rápidamente del lado de la necesidad y optar entonces, sin escrúpulos ni remordimientos, por fabricarse un arte... aplicado, para ser aplicado; en una palabra: un arte social, aunque no de contenido social, como suele concebirse hoy, sino de utilidad social. En nombre de una sociedad, casi de... “un mundo”, era fácil y bastante lícito pedir prestado aquí o allí, reproducir, repetir generosamente. Se trataba, pues, de un arte “aproximado”, desfigurado, debilitado y sin peligrosidad alguna. El arte verdadero y directo, en cambio, resulta siempre un tanto sospechoso por lo que hay en él de insobornable alma original, de fuerza original, capaz de arrancar al hombre de su acomodada cultura enrarecida y devolverlo a su estado primero, bruto, puro; el arte total y verdadero ha sido siempre sospechoso, pero cuando se le convierte en otra cosa, en una abstracción inanimada, decorativa, la sociedad misma puede utilizarlo sin miedo y decorar con él sus salones o sus jardines. Roma, con el alma cegada, tapiada con esa materialidad eficaz, efectiva -o sea, con el alma esterilizada-, no pudo sino... “agenciarse” una esplendorosa estatuaria funcional. Roma parecía prepararse a toda prisa, precipitadamente, una como “durabilidad” a secas, sin trascendencia, sin creencia, y todo aquel ejército de mármoles debió sentirlo como algo muy seguro que la respaldaba.

Cuando desde dentro, a Roma le descubrimos su antigua ofuscación de mujer-tierra, es tarde ya para defenderse, porque es una terrible fuerza blanda, un desmedido poderío blando, como sólo puede tenerlo la mujer, o la miel virgen, o la cúpula, o el arco de un puente, o la copa de un pino; es un poderío dócil, convincentemente dócil. ¿Me atreveré a decir que la poderosa y tiránica fascinación de Roma consiste, acaso, en su falta de espíritu? Roma halaga en nosotros toda nuestra terrenalidad, y la disculpa, la justifica; Roma es, en efecto, eterna, porque Roma es tierra, la tierra, la tierra firme, el

suelo. En pocos lugares podremos sentirnos tan “cercados” por la vida sin paliativos, descarada, cruda, pero como “acunados” también por esa misma vida monda y lironda.

Que Roma me parezca “tierra” únicamente no significa en mí enemistad o desvío, pues creo, en efecto, que el hombre aspira al alma, pero también creo que el hombre ha sido condenado -elegido, en cierto modo- a tener que bajar en busca del alma hasta el penoso y rudo interior de la tierra. La antigüedad romana no es espíritu -como es espíritu, en cambio, la antigüedad griega o china-, sino tierra, pero la tierra no puede parecerme un elemento enemigo del espíritu, enfrentado al espíritu -y eso será lo que me separa de los “espiritualistas-, sino, por el contrario, un ingrediente suyo: el pecado, pues, de Roma no podía consistir en ser tierra, sino en pensar que ser tierra era un absoluto, algo completo, cuando sólo se trata de un elemento, de un elemento material con destino, como todos, a ser transfigurado. De ese orgullo, de esa ceguera, de esa obcecación ha quedado en Roma, esparcida por toda la ciudad, una hermosa muchedumbre de estatuas, es decir, de cuerpos solos, compactos, inhabitados, resistentes; no son esculturas, claro está, porque las esculturas verdaderas no pueden ser “de bulto” -como con tanta ligereza lógica se pensaba hace unos años, especialmente en torno a Maillol-, sino “de concavidad”, es decir, que no pueden ocupar el espacio; que no lo violentan, que no se imponen a él, sino que lo acogen, lo reciben amistosamente, amorosamente. Las supuestas *Parcas*, de Fidias, o *El Crepúsculo*, de Miguel Ángel -esculturas absolutas-, no podrían jamás decirnos: “Aquí estamos”, como no quieren dejarlo de decir las estatuas mientras se aposentan en un lugar y se comen el aire. Porque una verdadera escultura será una piedra que cede, que se va, que abdica: una piedra que tiende a quitarse, a eliminarse en nombre de un respiro, de una como planta que respira e intenta abrirse paso. Las estatuas quieren, sobre todo, “estar”, estar muy a la vista de todos, dejarse ver, presumir, lucir, pues son “públicas” y es fatal en ellas mucha insolencia y una especie de petulancia marmórea. El mármol, el barro, la piedra, la cera, el bronce de la escultura, en cambio, quisieran “permanecer” lo indispensable, lo irremediable, lo preciso, y luego irse hacia adentro, hacia el centro de sí mismos, y allí, con la ayuda del alma, poderse transfigurar, es decir, “resucitar”.

OBRA COMPLETA, Tomo II  
Pre-textos, Valencia, 1992